

## SERMON

## DE JESÚS SACRAMENTADO Y SAN JUAN BAUTISTA.

(LOS CAMINOS DEL SACRAMENTO Y DEL PRECURSOR.)

*Dirigite viam Domini. Ecce Agnus Dei.*Enderezad los caminos del Señor.  
He aquí el Cordero de Dios.

(Joan., I, vs. 23 et 29.)

Homiliando, como él sabía hacerlo, el digno hermano de San Gregorio de Niza, Basilio el Grande, sobre el salmo XXVIII con motivo de la festividad que hoy celebramos, se extiende en consideraciones bellísimas y acertadas acerca de las palabras *la voz del Señor sobre las aguas*, en dicho salmo contenidas: y aunque no es mi propósito seguirle ahora en esa interpretación nunca bien ponderada, indicaré, sin embargo, la base y principal idea que en ella domina, que no es otra que la futura predicación del hijo de Zacarías en las riberas del Jordán, su voz de penitencia y sus amenazas á los pueblos que á hacerla se negasen desconociendo la proximidad del reino de Dios: voz á que aplica hermosamente San Basilio estas otras palabras del enunciado salmo XXVIII: *La voz del Señor tronchando los cedros; y hará pedazos el Señor los cedros del Líbano.*

Y levantando yo desde luego mi pobre voz en unión de la del hombre del desierto y de la del hombre del claustro, del

Precursor y del Monje, de Juan y de Basilio en fin, ¿podré yo preguntar á la sociedad de nuestros días, para la que son desgraciada é instintivamente repulsivos la soledad y el silencio, la penitencia y el sacrificio, si los caminos que sigue ella, que todavía se titula cristiana y creyente, son los caminos de Juan que anuncia é indica sobre las aguas con voz de trueno que hace estremecer los seculares arbustos de los montes santos?

El panegírico del Santo Precursor del Mesías está perfectamente y hace muchos siglos hecho por el gran retórico de Milán, por el hombre que acertó á sacar definitivamente á San Agustín de las tinieblas y sombras de la muerte, por el gran San Ambrosio, en esta triple división, basada sobre la letra evangélica: *Su nombre profetizado por un ángel; su alegría en el seno maternal; su voz en el desierto.*

Y fijad ahora bien vuestra atención, mis hermanos: voz de Gabriel que resuena junto al altar de los perfumes en el solemne momento de las ceremonias legales y de los oficios del sacerdocio de Zacarías; voz que sale de los labios de Isabel, porque el infante se ha agitado en su seno ante María, que lleva en el suyo á Dios; voz que clama en el desierto predicando la penitencia anunciando al Mesías, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Volved ya los ojos como yo hacia ese altar: recordad la belleza de ese nombre tan admirablemente expuesta por Fr. Luis de León en sus *Nombres de Cristo*; después, la noche de la Cena Eucarística, el Cordero legal, las lechugas silvestres, los panes ácimos.... ¿No veis ya la íntima trabazón de todas estas admirables ideas? ¿No veis á ese Cordero de Dios señalado por el dedo de Juan, creciendo antes al lado de Juan, ofreciendo su vida por la verdad y el bien como Juan, y para concluir y completar por fin mi pensamiento, realizando en la institución de la santa y adorable Eucaristía los caminos que Juan predicaba por la penitencia, la abnegación, la humildad y el sacrificio, bases de toda senda religiosa y de toda vía social?

¿Son estos tus caminos, vuelvo á preguntar, sociedad bulli-



ciosa y turbulenta, sociedad materializada y positivista de nuestro siglo? Ciertamente que no y por desgracia de todos tus hijos que sufrimos á cada paso los resultados funestos de tu marcha tortuosa, vaga, indecisa, por sendas extraviadas y vías diametralmente opuestas á los caminos del Bautista, que son los caminos del Señor en el adorable Sacramento de nuestros altares; pudiendo apellidarse ciertamente San Juan el Profeta de la Eucaristía por excelencia, porque ese nombre gorioso de *el mayor entre los nacidos de mujer*, en frase del mismo Salvador del mundo, se halla constantemente unido á la idea del Cordero de Dios, Sacramentado por nuestro amor en la inmensa serie de los siglos.

Y ved aquí trazado ya el plan de mi discurso en la presente ocasión, en la que confío, como siempre, me ha de ser propicio ese Dios de bondad, de amor y de sabiduría, si al interponer la valiosa mediación de la que visitó á la madre del Bautista, la saludamos con sus palabras y las del Arcángel:

AVE MARÍA.

Dos son las bases principales, dos las especiales grandes vías, digámoslo así, á que afluyen todas las sendas de los caminos del Dios de la Santa Eucaristía, del Cordero profetizado por Juan, y que él predicaba en las riberas de Galilea: *La humildad y el sacrificio*; es decir: la completa renuncia del funesto *Yo* autonomista, soberbio, egoísta y perturbador del ser intelectual y moral del hombre en nuestros días; nuevo ídolo Micas, que llevado de tribu en tribu, de raza en raza, de familia en familia, amenaza convertirse en el ídolo, ya asqueroso y glotón, como el dragón Beel de los babilonios, de la sociedad, de la humanidad entera.

Sí, hermanos míos: enamorados ridículamente ya de nosotros mismos en todos los terrenos como el Narciso de la fábula, miramos todavía sonrientes la imagen de nuestra pobre

personalidad y valer en el arroyo adulador de la soberbia y de los placeres que nos rodean, sin querer verla con más detención y exactitud en la inmensa y espantosa superficie del dilatado mar de nuestras ilusiones y miserias: y somos tan engañados y nos hacemos tan dignos de compasión, que en el terreno intelectual nos creemos consumados sabios y en el moral y práctico los más envidiables autócratas, sin parar mientes por cierto en que *el número de los necios es infinito* en boca de la revelación divina, y en que nuestras mismas ambiciones y nuestros febriles deseos de goces y de placeres, y de comodidades y de riquezas, se estrellan las más de las veces contra la naturaleza de nuestro mismo ser y contra las más fuertes realidades de la vida, que son rocas inquebrantables puestas á las riberas del mar de las ambiciones por el que conociendo también los caminos del mar estableció un dique para sus olas.

Mirad ahora los caminos de Juan y de su Cordero: acercaos al altar de los perfumes, y temblad, hermanos míos, temblad, porque Gabriel, al anunciar el nacimiento del Bautista, del hombre de la humildad y del sacrificio, ante el altar de la ley antigua que se derrumbaba ya bajo el peso del ara del incruento sacrificio de la nueva entre la varilla de humo aromático que se elevaba al cielo, como en el nacimiento de Sansón, el hombre de la fortaleza, anunciado también en el momento del sacrificio, ha encontrado resistencia á la verdad en el entendimiento de Zacarías: el anciano ha puesto dificultades..... ha indicado alguna objeción para permitirse no asentir á la palabra revelada, y ha quedado privado del uso de la palabra; y para mayor tormento, el nombre del maravilloso hijo de la vieja Isabel ha quedado encerrado en el pensamiento del sacerdote sin poderlo soltar con la llave de la lengua, necesitando escribirlo en el instante mismo en que se trata de imponerle otro distinto del concertado en los consejos de Dios: ¡ah incrédulos, mirad esa Hostia sacrosanta perfumada y oculta en momentos solemnes entre una nube de incienso, y temblad! ¡Dad gracias



á Dios porque en frase de San Pablo no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia! ¡No habléis, no vaciléis, no dudéis, porque podríais ser nuevos Zacarías!

Por el contrario, ¡almas fieles, alegraos! Vosotras, encerradas en la cárcel del cuerpo, cerrando las ventanas de los sentidos, viendo sólo por la claraboya de vuestra fe y alumbradas tan sólo por la lámpara de vuestra humildad, veis, nuevos y afortunados Bautistas, antes de nacer á la verdadera y única eternal vida, al Salvador del mundo encerrado en esa Forma Sacrosanta como en el útero virginal de María ante la presencia de Isabel: vosotras saltáis de gozo como el pequeño de las montañas de Hebrón, y hacéis vuestras las palabras de su bendita madre, inspiradas seguramente por la secreta voz del grande hijo encerrado en su seno: *¿De dónde á mí* que venga Dios á visitarme, y no á unirse solamente en estrecho abrazo exterior como en aquella sublime y poética escena, sino á hacerse una cosa conmigo, á deificarme, á realizar una vez más y en todos sus detalles su Encarnación en el seno de una pobre criatura suya?

Y seguid admirando, mis hermanos, la marcha constante de la humildad de Jesucristo y de Juan en las riberas del río sagrado, en la predicación de ambos en la mesa Eucarística, en fin, y en todas las profecías y realidades de ese Sacramento agosto: Juan se humilla ante las turbas en el desierto; Jesucristo ante los Apóstoles en el Cenáculo: Juan se apellida tan solo *voz, eco*, resonancia anticipada de una voz eterna, autorizada é infalible; Jesucristo se oculta allí, despoja á los accidentes de su sustancia para encerrarse; es el Dios anonadado, oculto y Salvador de Isaías en el desierto inmenso de su amor al hombre, como Juan en las soledades del Jordán: los dos, para concluir, son voces que claman en su respectiva humildad, retiro y silencio: *Preparad los caminos del Señor*; y estos, ya los estáis viendo, son en ambos los caminos de la humildad, el abatimiento de la razón soberbia, la sujeción perfecta á la revelación divina.

Y son los caminos también de la humildad práctica, de la condenación harto explícita de ese orgullo insensato, de esa fiebre de poder, de esa sed inextinguible de ambiciones que ocupa á la desdichada sociedad de nuestros tristes turbulentos días: mientras no lleguemos á convencernos de que es más noble y más fácil y hacedero el obedecer que el mandar; mientras no comprendamos que la sociedad no se compone de pretendientes á soberanos; mientras no cesemos, por fin, de empujarnos continua y sucesivamente unos á otros en esa vertiginosa y fatal carrera de dominación y de mando, los caminos de los hijos de los hombres en este siglo serán diametralmente opuestos á los caminos del Cordero inmolado silenciosamente sobre ese altar por nuestra salud y vida, y á los de su Precursor, que al predicar la humildad con la palabra y con el ejemplo, amenaza con la segur colocada á la raíz del árbol destinado al fuego eterno, á las sociedades, á las familias, á los pueblos y á los individuos que irguiéndose altaneros como el árbol de Nabuco ignoran, en la ceguedad de su soberbia, que la voz del Señor en el Jordán y en el altar, en el ara como en el desierto, es voz que reduce á polvo en su estruendo formidable los más elevados cedros del Líbano, como las más encumbradas palmeras de los desiertos de Cades.

Es verdad que esta humillación, si ha de ser aceptable por lo espontánea, incluye necesaria y precisamente la idea del sacrificio, idea durísima para una sociedad de goces y de placeres: pero esa otra idea indispensable al efecto, se halla no menos perfectamente realizada que la primera en la Santa Eucaristía y en Juan; lo que constituye la segunda vía y el objeto de mi última breve reflexión.

Mirad un momento más todavía la noble figura del Bautista, y la nobilísima y espléndida manifestación del Salvador en ese agosto Sacramento. Juan, pronunciando sin cesar ante un monarca liviano y una corte aduladora y licenciosa el severo anatema de prohibición á sus impurezas y escándalos: la Divina Eucaristía, condenando también en silencio y sacri-



ficio ejemplar la vida de la materia y la fiebre asquerosa de goce y de placer que devora las sociedades del progreso: y uno y otro, encerrados el primero en una oscura mazmorra esperando tranquilo y como desafiando santamente las iras del poder, y el segundo en ese viril, en esa custodia, en el fondo de ese sagrario, acaso sin una luz cuyo resplandor penetre débilmente por los resquicios de su voluntaria estrecha reclusión, mientras los salones y las orgías se desvanecen entre torrentes de claridad y de esplendores..... ¡Ah! ¡Es la vía del sacrificio que clama con doble voz en el desierto! ¡En el desierto del Jordán y en el desierto del mundo abandonado á sus pasiones.

Pasad aún más adelante: ¿Veis esa mesa rociada impuramente como las de los patricios de Roma con las heces del vino de Falerno, y cubierta de los más delicados manjares adquiridos á costa de la sangre y del sudor de los legionarios y de los esclavos en los climas acaso más mortíferos é insalubres como en las más apartadas latitudes? ¿Escucháis los acordes de la sinfonía y del coro? ¿Veis desenvuelta en todo, su desenfreno la danza impúdica de la hija de la adúltera? Aguardad un instante, aguardad, que la cabeza del encarcelado de Maqueronta, cuyo recuerdo solo ponía pavor en el corazón del Herodes que deseó conocer á Jesús y que después le despreció como insensato, vendrá, después de rodar ensangrentada sobre las losas de un calabozo, á presentarse sobre esa mesa y delante de ese rey débil é impuro y ante esas mujeres livianas, y á la vista de esa corte infatuada por el orgullo y subyugada por el placer: y mientras esa cabeza venerable predica en silencio, la penitencia y el sacrificio, con aquellas palabras que pone en sus yertos y descoloridos labios el grande Obispo de Milán en su Libro de las Vírgenes, el Salvador del mundo, en ese Sacramento de amor, encerrado en ese Tabernáculo, renovará mil veces su sacrificio y los dolores de su pasión y de su muerte, no sólo inmolándose víctima voluntaria sobre ese altar, dividida por las palabras divinas de sus sacerdotes como con una espada espiritual, en frase del Doctor de la Gracia, sino sufriendo

silencioso, cual el corderillo llevado á la muerte, los horrores de la pobreza, las ingratitudes del desamparo, los insultos de la irreverencia y hasta el brutal é inconcebible atropello del robo sacrilego por apoderarse de un poco de plata que aprisiona toda su grandeza, cuando no descansa para evitar tales desmanes en un pobre vaso de cristal ó sobre lienzos pobres como en el sepulcro de José de Arimathea!

Basta ya, hermanos míos: no es posible rayar á mayor altura, ni Jesucristo Sacramentado, ni Juan, en materia de humildad y de sacrificio: no es posible mostrar con mejor claridad y exactitud y precisos valiosos detalles, los caminos de salud y de vida en todos los terrenos y bajo todos los respectos á las orgullosas y lúbricas sociedades modernas; no es posible alzar más la voz en estos inmensos é infecundos desiertos, ni señalar con más propiedad y ejemplo al *Cordero de Dios*, ni enderezar sus sendas, ni preparar sus caminos; que los caminos y las sendas del Mesías y del Precursor, de Jesucristo y de Juan, del Salvador Sacramentado y del Hijo de Zacarías é Isabel, penitente, son tan exactamente idénticos, que constituyen, aun en el campo de la tradición y de la historia, dos ideas perfectamente correlativas como absolutamente inseparables; dos ideas que parecen combinadas por el dedo de Dios y por el dedo del Bautista escribiendo en la pared de los siglos el *Mane*, *Thezel*, *Phares* de las sociedades del orgullo y de la liviandad, del escepticismo y de los goces de la materia.

Abrid la historia: Juan el de Patmos, recostado en el pecho de Jesús en el solemne instante de la institución Eucarística; Juanes mártires y Juanes confesores y Juanes vírgenes, añadiendo nuevos laureles al Juan Precursor y nuevas alabanzas al Cordero de Dios, que señalará hasta el fin de los siglos con su dedo en esas nuevas hazañas de tantos héroes que llevaron su nombre glorioso; Juan Crisóstomo, perseguido por la implacable Eudoxia, como el hijo de Isabel por Herodías, y admirable en sus trabajos oratorios sobre ese agosto é inefable Sacramento; Juan Nepomuceno, mártir del sigilo y del de-



ber; Juan de Dios y de Mata, consagrados á los cautivos y enfermos, favorecidos, sobre todo este último, con celeste aparición profética de su instituto entre las grandezas del sacrificio de los altares: la Silla de San Pedro, tomando una parte señalada y activa en la institución de la fiesta del Santísimo Corpus Christi en Juan XXII, como el Patriarca Juan de Rivera, á las orillas del Turia, en la fundación del Colegio de su nombre, dedicado al más suntuoso culto de este adorable Misterio, precisamente en la época en que comenzaba con más satánico furor á ser impugnado, y en que nuestra patria lamentaba las profanaciones judáicas: en las artes, Juan de Bruges, inventor de la pintura al óleo, con Juan Navarrete (*El Mudo*), Juan de Fiézole (*El Hermano Angélico*), y el célebre Juan de Juanes estampando en lienzos, en paredes y en bóvedas los más admirables frescos de este Sacramento augusto; Juan de Herrera, de Monegro, y de Borgoña, elevando en su honor bellas construcciones; Juan de Arfe, de Villafañe, de Gago y de Benavente, construyendo custodias, andas, carrozas y viriles; y Juan de Mena y Juan de la Cruz, cantando al Sacramento en verso y prosa, y Juan Mozart haciendo resonar majestuosamente el ámbito del templo y las fibras más delicadas del corazón con las inspiradas notas del *Ave Verum Corpus*, todos repiten al través de los siglos las palabras de Juan Bautista y de mi tema: *He aquí el Cordero de Dios. Enderezad sus caminos.*

Enderézalos tú, pobre sociedad extraviada, si no quieres perderte para siempre en un nuevo laberinto de Creta como el que ingeniosamente fingió la fábula, pero que en ti está ya siendo por momentos la más triste de las realidades presentes: no preguntes ya á Jesucristo Sacramentado y á Juan, como las turbas de las riberas del sagrado río: *¿Qué haremos?* Porque ya estás escuchando su doble respuesta en el Sacramento de la humildad y del sacrificio, en el Tabernáculo y en el altar, en el desierto, en el calabozo y sobre la mesa de la orgía: sin humildad y sin sacrificio, bases de toda sociedad siquiera media-

namente organizada, tu perdición es pronta, segura é indefectible: no digas como los judíos obstinados: *Tenemos por padre á Abraham*, es decir, somos católicos; Dios necesita en cierto modo de nosotros; Dios no se apartará de su heredad, porque es rico en misericordias, y su culto no puede desaparecer.... Os contestará el Bautista: Dios, ante todo, es poderoso para sacar de las piedras del desierto verdaderos y genuínos hijos de Abraham; y Jesucristo os dirá en más terrible amenaza, cumplida por cierto más de una vez en los pueblos que llegaron á olvidar sus caminos: *Se os quitará el reino de Dios, y será llevado á otras gentes que sepan hacer frutos dignos de ese reino*, que tiene sus sendas marcadas en la humildad y el sacrificio, anunciadas por mi voz y la de Juan, y señaladas con la sangre de ambos.

No lo permitáis jamás, dulcísimo Dueño nuestro Sacramentado; apartad la segur de la raíz del árbol destinado al fuego, Santo habitante de los desiertos de la Galilea; y puesto que vuestras glorias y las del Sacramento Eucarístico se hallan tan completa é íntimamente enlazadas, abrasad nuestros corazones en el amor de Dios Sacramentado, en su devoción y en la devoción vuestra, para que siguiendo ese doble y único camino en esta vida, podamos llegar al puerto seguro y ciudad de santo refugio en el cielo. Amén.

#### PLAN DEL SERMÓN DE JESUCRISTO SACRAMENTADO Y SAN JUAN BAUTISTA.

*Dirigite viam Domini.—Ecce agnus Dei.*

Enderezad los caminos del Señor.—He aquí el Cordero de Dios.

(S. Joann., c. I, vs. 23 y 29.)

*Exordio.* Magnífica interpretación de San Basilio sobre las frases: *Vox Domini super aquas multas.—Vox Domini confringentis cedros.*—Caminos de la sociedad presente.—Síntesis del elogio del



Bautista por San Ambrosio.—Intima unión del Salvador y de Juan.—Del Sacramento Eucarístico y del Precursor.

*Proposición.* Los caminos de la Eucaristía y del Bautista, enlazados á través de la historia, para enseñanza y aviso de las sociedades de todas las épocas.

La *humildad* y el *sacrificio*.—Vías principales de estos caminos del Sacramento y del Precursor.—Humildad de Jesucristo Sacramentado y de Juan, en los principales hechos de su vida.—Descripción del estado de la sociedad de hoy por el orgullo y la incredulidad.—Amenazas y castigos.—Sed de dominación social, comparada con la sed de sufrimientos de Jesucristo Sacramentado y de Juan.—*Sacrificio*.—El Sacramento y el Bautista encarcelados, desnudos y pobres.—La sociedad libre, y gozando.—La Mesa eucarística y el banquete de Herodes.—La cabeza de Juan, y Jesucristo dividido *místicamente* por la salud del mundo.—Condenación silenciosa, pero elocuente, de la sociedad del goce y del placer, por ambas víctimas.—Jesucristo abandonado, insultado, robado, en el Sacramento.—*El dedo de Dios y el del Bautista*.—*El Mane, Thezel, Phares*, escrito por los dos ante la sociedad material y egoísta de nuestros días.—La Santa Eucaristía y el nombre de Juan, unidos en la historia, en las artes y en las ciencias.—Juanes célebres, señalando al *Cordero de Dios y sus caminos*, en toda clase de obras é instituciones.—Apóstrofe y reflexiones á la sociedad soberbia y corrompida de hoy.—No tiene que preguntar *¿Qué haremos?*—No puede alegar su título de católica.—Dios puede suscitar hijos verdaderos suyos de las piedras del desierto.—Amenazas de Jesucristo sobre traslación del reino de Dios á otras regiones.—Súplica breve.

## SERMON

### DE LA SANTA EUCARISTÍA Y MARÍA MAGDALENA.

(Puede aplicarse á Sermón moral, colocando á Magdalena por tipo y modelo de los pecadores contritos.)

*Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.... Fides tua te salvam fecit: vade in pace.*

Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho.... Tu fe te ha hecho salva: vete en paz.

(Luc. VII, vs. 47 y 50.)

No vengo á excitar ciertamente hoy vuestra admiración, mis amados hermanos, con los detalles de los suntuosos banquetes de Baltasar y de Asuero, ni vuestro espanto con las sangrientas orgías de Herodes y del esquilero de Balhasor, en que mueren respectivamente el divino precursor del Mesías y el desdichado hijo de David: vengo precisa y únicamente, hermanos míos, á hablaros de un banquete más sobrio que la ordinaria habitual mesa de la casta viuda de Bethulia; más angélico que el que tuvo lugar debajo de la encina de Mambré, junto á la tienda del patriarca padre de muchas gentes: banquete en que el anfitrión es Cristo Jesús, y convidados todos los pueblos del universo: donde se sirve un manjar que sabe á todos los gustos, y un maná que contiene todos los sabores: leche, y no soporí fera para la muerte, como la que sirvió Jael al incircunciso Sísara: miel, y no como la de Jonatás,